



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 46.

JUEVES 12 DE ENERO DE 1865.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

SERVICIOS QUE LA METEOROLOGIA PUEDE PRESTAR A LA AGRICULTURA.—ADELA, por F. Rovira Aguilar.—EL PADRE LAS CASAS, por C. M. de Y.—A PACA; poesia, por Aureliano Ruiz.—UN VAGO A BORDO, por X.—TRES CARTAS DE MI AMIGO X.—LOS CAPRICHOS: (páginas de mi diario), por Aureliano Ruiz.—DULCE SUEÑO, por J. Guerau de Arellano.—CANCIONES DE LA ISLA DE MADAGASCAR, traducidas por Augusto Jerez Perchet.—¡LEJOS! poesia, por M. Seco.—EL PUEBLO TRISTE, por Augusto Jerez Perchet.—LA HUERFANA: cuento, por Eleuterio Llofrin.—LAMENTOS DE UNA MADRE; poesia, por Constanza Vereá.—DE CERCA Y DE LEJOS: una ovacion. (Conclusion), por J. N.—ESPERANDO; poesia, por G. Sanchez Palacios.

SERVICIOS QUE LA METEOROLOGIA

PUEDE PRESTAR Á LA AGRICULTURA.

La utilidad de la meteorología para la agricultura, no puede ofrecer la menor duda á los labradores. Desde tiempos inmemorables, se atribuye el buen ó mal éxito de las cosechas, al tiempo reinante en determinados períodos del año. En todos los países se oyen refranes populares, que en el lenguaje económico expresan el resultado de las observaciones vulgares sobre los efectos del tiempo y sus variaciones, con arreglo á las circunstancias de localidad y clima. Estos hechos establecen á priori la verdad de la influencia que las creencias generales atribuyen al tiempo. Las modificaciones en la forma de cada proverbio, para adecuarlo á distintas fechas y circunstancias, bastan para prestar á estas locuciones populares un carácter racional en cierto modo, y algunas veces casi científico. Por otra parte, la agricultura sufre con frecuencia y en grande escala los efectos de ciertos meteoros maléficos, tales como el granizo, las lluvias demasiado fuertes ó prolongadas, los vientos con proporciones de huracan y las heladas tardías de primavera. Estos fenómenos y otros semejantes,

desvanecen con suma frecuencia esperanzas próximas á realizarse, ya destruyendo ó deteriorando óimas mieses, próximas á la recoleccion, ya dañando viñedos que prometian mucho, ya perjudicando la fructificacion de arbolados que se hallaban en igual caso. No pocas veces las inclinadas afecciones atmosféricas han anulado de golpe todos los efectos de los esfuerzos de un año.

Siempre se ha convenido en que la diferencia esencial entre las empresas agrícolas, y otras cualesquiera, consiste principalmente en que aquellas están dominadas por el curso meteorológico de las estaciones, hasta tal punto, que todo se reduce á inclinarse ante la Providencia, de cuyos secretos é incrustables designios, pende el tiempo favorables ó adverso.

Si es cierto que el hombre no puede pensar en influir sobre las leyes, al parecer azarosas, que presiden sobre los fenómenos meteorológicos, no es menos exacto que en cambio tiene medios para ensayar los medios de sustraerse á las malas influencias y de aprovechar las buenas en lo posible. Esto haria la agricultura si la meteorología pudiese llegar á prestarle un eficaz auxilio científico. Si por ejemplo se demostrase que un mes dado del año suele ser lluvioso, y que esto daña á la vegetacion de las plantas que florecen en aquel mes, no habria mas que adoptar variedades mas tardías, cuya florescencia se verificase antes ó despues para que las influencias atmosféricas le fuesen mas favorables. Se ha propuesto una solucion de esta especie para precaver la enfermedad criptogámica, que desde 1847 afligió las patatas. Esta criptogama, llamada *Botrytis infestans*, hace su habitual invasion á principios de agosto. En vista de esto, los cultivadores han buscado y encontrado variedades tempranas que plantadas á su tiempo, pueden recolectarse antes de la época critica de la aparicion de la enfermedad, como tambien variedades tardías que plantadas en junio, desarrollan sus tubér-

culos despues de dicha época, y de este modo sustraen al mal.

Otro ejemplo.—Notorio es que el hielo aflige con preferencia ciertas localidades y parece perdonar otras: y ya que no sea posible abrigar la esperanza de que con el tiempo se descubran parahielos, como se han descubierto pararayos y paragranizos, lo es al menos que se prestaria á la agricultura un gran servicio, determinando los países en que los hielos se crudecen con mayor frecuencia y aquellos en que es menos comun este fenómeno. Hace ya muchos años que la sociedad imperial y central de agricultura de Francia, ha indicado esta cuestion á sus correspondientes, y nadie puede poner en duda la conveniencia de llevarla cuanto antes á una solucion definitiva. Si se poseyese un mapa de todas las regiones del territorio, clasificadas con arreglo á lo que sufren por razon de los hielos, se tendria una base casi fija para establecer compañías de seguros contra heladas. Ahora estas compañías solo salen adelante con dificultad, á pesar de haber prestado relevantes servicios á las ordinarias víctimas de este meteor, y es porque muchos propietarios y colonos rehusan ingresar en la asociacion, cuyas cotizaciones son siempre iguales y muy variables los resultados. Entre tanto lo mejor seria adoptar las primas que se pagan, á los riesgos que se corren.

Los productos agrícolas de la Francia tienen un valor infinitamente superior al de las mercancías que surcan los mares, espuestas al caprichoso vaiven de las olas. Respecto á estas últimas, la navegacion mercante de todos los puertos de mar, ha considerado como muy ventajosas las predicciones meteorológicas á corta fecha, propuestas por Mr. Leverrier desde 1856. Iguaes servicios podrían esperarse de otras semejantes, que cada dos días, ó diariamente ó con algunas horas de anticipacion, apercibiesen á los labradores de las eventualidades que podrá sufrir el tiempo. Por ejemplo: en primavera, una noche serena con

baja temperatura, podrá causar una helada blanca, funesta para las viñas pero esperándola de antemano, se precaverían sus efectos por medio de las llamaradas nubes artificiales, ó sean esteras aplicadas con arreglo á lo consejos de Boussingault y de Guyot, que usadas á tiempo, podrían en salvo muchos millares de hectáreas de viña. Así se evitaria tal vez la pérdida que ahora se sufre, y que no baja de un cuarto, de un tercio, y algunas veces de la mitad de los productos vitícolas.

Si en el período de la siembra, se conociesen las probabilidades de la lluvia ó de la sequía; si en el de la siega se tuviese algun indicio de buen ó mal tiempo que ha de reinar; si una tempestad pudiese preverse con algunas horas de adelanto: los labradores podrán sustraerse á muchos males que hoy los sorprenden y les causan la ruina.

Vista la posibilidad de obtener estos importantes resultados, la comision nombrada por la sociedad para el adelanto de la astronomía, de la meteorología y de la física del globo, ha propuesto señalar dos premios de 500 francos cada uno, que se adjudicarán en 1865 á las dos mejores memorias sobre la aplicacion de la meteorología á las cuestiones agrícolas.

ADELA.

Las ilusiones, niña,
que el amor fragua,
son ¡ay! como la espuma
que forma el agua
nacen y crecen,
¡mas como espuma vana
desaparecen!

SELGAS.

I.

Adela es una jóven de negros y rasgados ojos; tímida como una gacela, y pudorosa como la sensitiva que plega sus hojas porque el oficioso insecto no contemple su belleza.

Su cuerpo es un dechado de hermosura; su alma, el alma de un ángel.

Al mirarla se duda si es una mujer: al oirla se cree percibir un sonido mas bello y armonioso que los que se escuchan de continuo. ¡Tan bella es su figura! ¡Tan dulce y tan encantadora su voz!

Adela ha sido educada en un convento. Hace muy pocos años que ha dejado su traje de colegiala para cambiarlo por el largo vestido de cola de la mujer de buen tono.

Así que Adela apenas conoce el mundo. No encuentra en él mas que dichas y bellezas, y es que en torno suyo no han derramado lágrimas, ni sus ojos se han humedecido al oír los gritos de dolor de una madre que no tiene pan para sus hijos, al ver la miseria de un pobre soldado que defendiendo á su patria se ha inutilizado para el trabajo y mendiga su sustento de ciudad en ciudad, de puerta en puerta.

Porque Adela es rica, y en torno suyo todo es perfume y alegría, todo placer y dicha.

II.

Han pasado dos años. Adela derrama todos los dias abundantes lágrimas.

Porque Adela ama, y las mujeres que tienen un corazon tan puro como ella, son las víctimas del Dios alado.

Y es que los hombres del siglo XIX de la Era Cristiana, son como los de la tercera Olimpiada; ó como los del año 70 de la Egira; generalmente no aman.

Esto no es negar que los hombres no conciben ese amor puro é inmenso que llena casi siempre el corazon de una mujer.

Esto no es negar que los hombres puedan enamorarse.

¿Cómo he de negarlo yo, que amo tan apasionadamente?

Pero á un lado las digresiones, y sigamos adelante.

Adela que nació pura y bella como las rosas

al soplo de la aurora, como ellas habia de irse marchitando por las noches.

Adela que no halla placer entre el dia, por la noche cuando ya todo es silencio, cuando no hay miradas importunas, cuando entre el cielo y la tierra no hay mas que la luz de sus ojos y la luz de las estrellas y la brisa que juega con sus rizos, abre la ventana de su cuarto para fijar sus ojos en el mar que se estiende majestuoso casi besando los cimientos de su casa.

Y mirando las estrellas, y siguiendo el curso de los barquichuelos de los pobres pescadores y esperando siempre; pero sin que nunca llegue á sus oídos una palabra de consuelo ni distinga en el horizonte una señal misteriosa que dé tregua á su dolor; así pasa Adela las noches gozando en sus recuerdos y esperando su ventura.

III.

Han pasado otros dos años. Las mejillas de Adela están pálidas como los lirios que adornan su ventana.

Adela no halla placer en torno suyo.

Todo para ella es tristeza, todo dolor y amargura.

Adela ama, pero no halla correspondencia á ese amor tan inmenso que llena toda su alma.

Y llora, porque no espera. Y todas las noches al asomarse á la ventana para mirar el mar sobre cuya superficie vió agitar un pañuelo blanco un dia que todo era dicha y ventura para ella, sabiendo que ha de resignarse, con lágrimas en los ojos repite estos versos que le enseñó un amigo suyo:

Fueron mis esperanzas

sueños falaces,

relámpago que brilla

solo un instante,

flores de almendro

que nacieron temprano,

¡se helaron presto!

Y murmurando esos versos y fijando sus ojos en una imagen de la *Madre del Amor hermoso*, que tiene á los pies de su cama, Adela procura olvidar cada noche la imagen y el recuerdo del hombre, que lleva á su mente cada dia la luz de una nueva aurora.

F. ROVIRA AGUILAR.

EL PADRE LAS CASAS.

Las riquezas naturales de los países descubiertos por Colon, escitaron en los europeos una pasión por el oro, que fue la causa de los grandes padecimientos sufridos por los indígenas, pues apenas faltaron Colon y la piadosa Reina Isabel, lo que antes fueron deseos (alguna que otra vez realizados) se transformaron en obras que convirtieron aquel suelo virgen en cauce de un rio de sangre inocente. En efecto, á fin de extraer riquezas de aquellos fértiles países, obligaron á hacer trabajos forzados á los indígenas, que no acostumbrados á esto perecían á millares.

Este sistema de opresión, llegó á promover un horror hacia los cristianos entre aquellas pacíficas gentes, que cuando el cacique Hatuey fue condenado á morir en la hoguera, habiéndosele acercado un sacerdote y pintándole las delicias del paraíso; el cacique preguntó (1).

—¿Hay tambien cristianos en ese sitio de delicias?

—Sin duda, respondió el religioso, pero solo los buenos son admitidos.

—Todos son malos, replicó Hatuey: yo no quiero ir á un paraje, donde pueda encontrar un solo cristiano.

Este ejemplo y otros muchos que se pudieran citar, prueban el odio que hacia los

(1) Campé. Historia del descubrimiento y conquista de América, traducida por Fernandez Villabril.

españoles manifestaban aquellas gentes sencillas.

Sin embargo, habia algunos hombres, que defendían á los indios y atacaban á la injusticia de los dominadores, entre ellos se cuenta Fray Bartolomé de las Casas.

Nació este insigne varón en Sevilla el año 1474, y ya el año 1493, á los diez y nueve de su edad, acompañó á su padre Antonio en la segunda expedición de Colon. Vuelto á España, se dedicó á la carrera eclesiástica, siendo nombrado al poco tiempo cura párroco de Sevilla; pero deseando hacer cuanto estuviese de su parte por su santa religion, partió para América, donde tuvo ocasion de ver por sí mismo el mal trato que los indígenas recibían. En 1502 pasó á la Española con el gobernador Ovando á fin de enterarse del estado de los pobres indios en aquella isla. Viendo las inhumanidades que allí se cometían, intercedió por ellos; pero se le contestó diciendole, que diese él medios de cultivar la tierra, esplotar las mismas etc. Entonces propuso la creacion de un establecimiento en Cumana para inspirar el amor al trabajo á aquellos pobres hombres; pero no era entonces ya época de tales creaciones y los indios le asaltaron y le destruyeron completamente. En una palabra durante los 50 años que permaneció allí, primero como simple sacerdote y posteriormente como obispo de Chiapa dedicó su existencia á tan justa causa, de tal manera, que atravesó mas de 14 veces el oceano y reclamó los derechos de los indios ante Fernando el Católico, despues ante el cardenal regente Ximenez de Cisneros, y por último ante el emperador Carlos V.; pero sus resultados mas ó menos favorables, nunca llegaron á hacer justicia á su causa. Para colmar sus disgustos, ésta fue atacada por el doctor Ginés Sepúlveda en una obra que imprimió en Roma y en la cual trató de probar la justicia del sistema opresor empleado por los gobernantes. Las Casas la refutó en su obra titulada. *«La destruccion de la India»*. Entonces se nombró árbitro entre Sepúlveda y Las Casas á Domingo Soto confesor del emperador, pero nada adelantó con esto. Posteriormente hizo Carlos V. que se discutiese públicamente en Valladolid (1550), pero sus esfuerzos fueron todos inútiles. En fin, harto ya de ver que no adelantaba nada puso su dimision en manos del papa, retirándose en 1551 á Madrid, donde murió en 1556 á los 82 años de edad. Se observará que la edad anterior es la que resulta, calculándola por medio de la época del nacimiento y de la muerte; pero los autores que hemos consultado le dan 90 y 92 años de vida no difiriendo en nada sus datos de los anteriores, sin que nos podamos dar razon de tal error. Habia entrado en la orden de Dominicos en 1522 y ésta le debe la fundacion de multitud de conventos en el Perú.

Se tacha á este venerable dominico de haber introducido la trata de negros; pero esto no es cierto, pues este tráfico ilegal se conocia desde muy antiguo.

Escribió varias obras entre las cuales se cuentan las siguientes; *De único vocationis modo*; *Quæstio de imperatoria vel regia potestate*: en la cual trata de si los reyes pueden separar de su corona á sus vasallos y sujetarlos á otro señor; y la *Historia general de Indias*.

C. M. DE Y.

Á PACA.

CONTESTACION Á UNA CARTA EN LA QUE ME PEDIA MI RETRATO.

Que te dé un retrato en placa
me pides, y si no es broma,
dame en cambio el tuyo, Paca,
y te diré daga y toma,
si me dices toma y daga.

Y que convengas confío
en que es extraño y te argullo,
en nuestro libre albedrío
que lo mío sea tuyo
no siendo lo tuyo mío.

Tu capricho es sin igual
y mucha rareza acopia;
¿cómo quieres, pese á tal,
que yo te mande una copia
si es tuyo el original?

Son mis defectos ajenos
á los estudios amenos
que hace el hombre en los demás,
y donde existe lo mas
no se echa de ver lo menos.

Yo de conocerte trato;
y no lo creas bravata,
que cueste caro ó barato
jamás á el alma retrata
el pintor en un retrato.

Y aunque soy de aquella tierra
en donde la sal se cria
y el alma en la faz se encierra,
nota bien, que mucho yerra
la que en retratos se fia.

No me pidas que te mande
un retrato que te asombre
y un *fac-simile* demande,
que aunque soy un hombre grande
nunca he sido un grande hombre.

Prefiero el causarte enojos
y mas aun, que me riñas,
a mandarte con sonrojos
unos ojos que sin niñas
no son niñas de mis ojos.

Pues faltos de movimiento
de brillo y animacion,
los ojos, Paca, no son
reflejos del pensamiento
ni espejos del corazon.

Hoy tu carta me sofoca
y en ella un proceso labras
que casi en locura toca,
una boca sin palabras
es... el mudismo en la boca.

Y si á recuerdos acudo,
con los recuerdos de ayer
que hoy en despertarlos dudo,
pruebo que nunca fui mudo
al lado de una mujer.

Lo sabes por experiencia
que en nuestros largos amores,
y á pesar de mi prudencia,
te he echado, Paca, más flores
que hay en Sevilla y Valencia.

Y te lo digo imparcial,
aunque el mérito se acopia
en la pintura ideal,
prefiero á una buena copia
un mediano original.

Si tu memoria no es flaca
no me pidas ni de broma
mi retrato, á no ser, Paca,
que al decirme, toma y daga
yo te diga, daga y toma.

Y perdona si me rio
y el compromiso rehuyo,
pues cariñoso confío
en que me mandes el tuyo
para mandarte yo el mío.

Asi pues, no estrañes, no;
dando pábulo á un capricho
que la experiencia me dió,
que no te mande otro yo:
á dios y lo dicho, dicho.

AURELIANO RUIZ.

UN VAGO Á BORDO.

Se ha escrito la fisiología de muchas clases de vagos, pero se ha olvidado la del que anda en los buques de un lado á otro sin objeto.

Su vida es mas agradable y variada de lo que se cree; y si le gusta contemplar y examinar la naturaleza, nunca sabrá lo que es fastidio.

Cuando el navío se halla todavía en el puerto amarrado por un cable al anillo del malecón, el viajero piensa con terror que es una locura aventurarse á entrar en aquella casita flotante para vivir allí durante meses enteros; pero que penetre en ella! La estrecha embarcación, la frágil tabla que según los poetas dicen separa la vida de la eternidad, el débil casco que tiembla y se estremece al choque de las olas, concluye por parecer un mundo. A cada instante se hacen en él nuevos descubrimientos, y por regla general cuando el viaje termina, muchas regiones del navío son todavía países desconocidos para el pasajero; sin hablar de la sala, de la despensa, de los pañones y de todos los misteriosos parajes, cubiertos por el brillante tablado que sirve de piso á los camarotes en los que se encuentran estanques de agua dulce, donde los ahogados quedarían sin eco; los escondrijos y los agujeros donde las ratas negras tienen establecidas sus repúblicas, y los repugnantes sitios desde donde el agua del mar rezumando por los poros de la madera y mezclándose con los despojos del cargamento exhalan un olor infecto y deletéreo.

Si hasta los mismos marineros apenas pueden andar por este dédalo malsano, ¿cómo los pasajeros, acostumbrados al aire libre y al sol, podrían permanecer un instante en aquellas tinieblas?

El resto del navío es todavía mas basto para el hábil observador, y no faltan en él detalles que estudiar. Aun sin salir de su camarote se halla el viajero sorprendido por una multitud de cosas interesantes, porque á bordo todo está en continuo movimiento, y los mas insignificantes objetos parecen disfrutar de una vida independiente. Unas veces es el barómetro que oscila suspendido por sus ligaduras elásticas, lo que llama la atención; otras la brújula que se agita sobre la rosa náutica á cada movimiento de la palanca del timón; otras las mesas y las sillas que se inclinan gimiendo, que después se levantan y chocan; de todos los rincones salen gritos estraños, quejas misteriosas cada tabla deja oír su crujido, cada clavo de metal rechina, y las cadenas ruedan sobre el puente con las sacudidas del mar, armando un estrépito terrible semejante al de un escuadrón á galope.

De tiempo en tiempo una ola mas fuerte que las demás se estrella en la quilla del navío, y cuando se les siente pasar cerca sobre la superficie de las gal rías no se puede reprimir un estremecimiento de miedo; al mismo tiempo los movimientos del navío crecen en violencia y todos los objetos de los camarotes se entregan á una gimnasia imprevista; las puertas mal sujetas se cierran y se habren con ruido, las botellas y los vasos caen de las mesas y se rompen sobre el tablado. Todo se anima y se mueve, y esta danza vertiginosa, las continuas oscilaciones dan una apariencia de vida hasta á las ennegrecidas viguetas del techo.

Estos rayos iluminan todos los rincones, entran furtivamente en los camarotes, se ocultan, se persiguen, se reflejan un instante en los espejos y después se van de nuevo como pájaros espantados. Cuando el navío se mueve con violencia, entran, resplandecen y se ale-

jan con tanta rapidez que la vista no puede seguirlos.

Otros espectáculos aguardan al pasajero si se dirige á pasear sobre el puente ó sobre la popa.

Desde luego necesita dar pasos cortos para evitar las caídas y mantenerse en equilibrio por medio de movimientos complicados: el suelo ondula, tiembla y desaparece bajo sus pies, y al mismo tiempo las ondas llegan una después de otra á colocarse con curiosidad á lo largo de los bordajes como para examinar su inhábil maniobra, pero al fin llega, y su paseo le parece tanto mas largo cuanto mayor es el número de traspies que dá.

Uno de los rincones mas entretenidos del buque es la popa, detrás de las cadenas del timón.

Asomándose al borde puede uno ver la estola durante horas enteras, las ondas en cuyas espirales se pierde la vista, costando grande trabajo separarla de estas tan hellas como traidoras capas de espuma que tan pronto acarician como azotan.

Las curvas, los círculos, los remolinos de las oleadas, los movimientos de los surcos espumosos, las luchas entre las ondas que se reúnen detrás de la quilla, se estrujan y se retuercen la formación de rápidas espirales, de las que brotan al romperse chispas brillantes de agua, todas estas escenas fascinan.

A un lado y á otro de la línea ondulante de la estela se forman anchas superficies de espuma con ayuda del tajamar del navío, y son islas, archipiélagos, continentes que se unen, se separan, aumentan, disminuyen, se confunden y desaparecen.

En realidad, no hay gran diferencia bajo el punto de vista geológico, entre estos continentes de espuma y los terrestres sobre que habitamos. Pequeños ó grandes todos los fenómenos se parecen: nuestros continentes se confundirán también para presentarse reformados en todas sus partes como los millares de borbuja blancas que forman las estelas de los barcos.

Cuando se asoma uno lo bastante para descubrir la sombría masa del navío reflejada en agua, se pueden distinguir á mucha profundidad animales estraños, medusas que despliegan su capa trasparente hasta hacerla invisible y vuelven á plegar formando de ella una bola blanca ó amarilla, bordados, tintas de todas clases, y después seres informes, indecisos, casi disueltos en el agua que los contiene.

En medio de estas profundidades llenas de vida, se ve pasar algunas veces una enorme masa verde ó azulada de invisibles contornos: es quizá un tiburón, que con una sencilla vibración de su potente cola va á alanzarse hacia la superficie de veinte metros de distancia, ó bien una familia de cetáceos que juegan al escondite bajo la quilla del navío.

Al medio día el sofocante calor obliga á buscar un abrigo, y en este caso lo mejor es á recostarse bajo las velas á la sombra de un mástil: allí se lee ó se duerme la siesta durante algunas horas, y cuando la atmósfera refrescándose permite abandonar el retiro, todo parece mas bello que antes, el aire mas luminoso, las olas mas ligeras y transparentes, el navío mas veloz en su carrera. Entonces puede buscarse un observatorio cualquiera, tal como la cola de un gran mástil ó del palo mesana. Agarrándose á las vibrantes cuerdas de los obenques, sin volver la cabeza para evitar el vértigo al contemplar el mar bajo los pies, con el corazón palpitando y conmovido se eleva uno á fuerza de brazos á través de las barras de la cofa, y abrazándose sólidamente al mástil puede disfrutar uno de los placeres mas grandes que ofrece la navegación. Allí como un cobarde que goza con las emociones del peligro, gusta balancearse y describir grandes curvas en la atmósfera al impulso del movimiento regular del navío.

Desde lo alto de aquel observatorio balanceándose el observador en el espacio, admira mucho mejor la belleza del mar, puesto que



El padre las Casas.

la distingue de un modo no común. Por de pronto, el horizonte que descubre los ojos se estiende muchas leguas mas que el de los que le miran desde cubierta, y la basta circunferencia que desde el punto parece erizada de olas, está en calma como una balsa; mas cerca se distingue mejor el oleaje replegándose en orden de batalla y cuando bajo la influencia de

dos vientos contrarios dos sistemas de ondas se cruzan formando ángulos rectos, se ven con todos sus detalles sus refracciones armónicas y regulares.

Sobre la superficie movable aparecen algunas voces cachalotes lanzando bocanadas de vapor y de agua por los oídos y estendiendo en el aire sus enormes colas, ó bien millares

de cetáceos que atraviesa el mar saltando por encima del agua y sumergiéndose en ella sucesivamente.

Alrededor del navío flotaban largas ramas de yerba, y algunas veces una verga rota, resto de un naufragio, sale al encuentro del navegante. Las doradas y los delfines andan como los lobos al rededor de este despojo para devorar á los pescados pequeños ocultos en sus cavidades.

La berga flotante forma con una especie de mundo aparte en medio del mar, y en torno de él pasan innumerables dramas donde el asesinato hace el papel de protagonistas.

Recogiendo las miradas y dirigiéndolas hacia abajo, se ve el navío singularmente empujado, y no puede uno explicarse como las hinchadas velas no nos hacen zozobrar aquella cáscara de nuez.

La popa, las chalupas, las cadenas, las anclas parecen inmensamente pequeñas, y el crujido de las tablas, el choque de los anillos de hierro, y los gritos de los marineros llegan á los oídos como un gemido triste.

La espuma formada por la proa alrededor de la carena desciende desde sus espirales blancas hacia el fondo verde-azul del mar; y vista desde lo alto del mástil tiene la transparencia y el brillo de una inmensa superficie de porcelana convertida en un líquido chispeante.

Cuando se mira el mar desde lo alto de la cofa del palo mayor no sabe abandonar este observatorio, y sin embargo hay otro mas agradable todavía, la estremidad del bauprés. Allí se encuentra uno completamente fuera del navío, y al volver los ojos se le ve detrás hendiendo las olas con su tamajar. Nada mas bello que esta masa enorme que parece perseguir con rabia al navegante, que se guarece en el bauprés, sin poder alcanzarle.



EL PUEBLO TRISTE.—De repente mis tiendas han caído.

A cada cabeceo del navío se desciende casi al nivel del agua, despues se sube á una altura inmensa, y embriagado el viajero con este movimiento, cree dominar al mónstruo que le conduce; aspirando al espacio con la mirada, se figura que las estensas alas del navío se mueven, no impulsadas por el viento, sino por su voluntad y se enorgullece creyendo realidad sus delirios.

Tales son las ocupaciones en el navío. El pasajero que no quiere aburrirse puede ir de

un lado á otro hallando siempre nuevos y bellos espectáculos que contemplar, por larga que sea la travesía.

Pero si al fin se cansa, en los últimos días le entretiene y le sonríe una esperanza, la de llegar al puerto, y puede decirse que una navegación está llena de atractivos y coronada por el mayor de todos: *la tierra*.

Ya ven nuestros lectores como las impresiones de los vagos de á bordo están llenas de interés. Para los que resisten al mareo una na-

vegacion es una verdadera diversion embellecida con lo que mas embellece las diversiones de todas clases: *la novedad*.

X.

TRES CARTAS DE MI AMIGO X.

Madrid 14 de febrero de 1862.

Querido amigo: mi corazón desea hacerte partícipe de sus alegrías, á tí, con quien en

otro tiempo compartía todos sus gozes y todas sus penas.

Hoy soy completamente dichoso. *Ella* me ama. Por fin, he conseguido su amor que era, desde que la ví, mi única ambición en este mundo; me ama como aman los ángeles, con la sinceridad de un niño y la fortaleza de una mujer.

No te digo mas: tú puedes comprender cuánta será mi felicidad, tú, que me conoces y que sabes por mí lo que lo deseaba.

Tu mejor amigo,

X.

Madrid 1.º de marzo de 1862.

Amigo N: he recibido la tuya y te doy las mas expresivas gracias por la parte que tomas en mi felicidad. Esta, en efecto, es grande. Mis ilusiones crecen; mi pensamiento es todo para *Ella*; mi amor crece tambien.

Podemos hablar pocas veces; pero nos vemos muchas y con esto me basta. No me cambiaria por el mas feliz de los mortales.

Todo es risueño á mis ojos; y hasta parece que Dios ha querido colocar esta época tan feliz de mi vida, en los dias mas alegres del año: en el Carnaval.

¡Qué feliz! ¡qué feliz soy! Su amor no acabará nunca; este es el fundamento de todas mis ilusiones, y cada dia es mas fuerte; porque cada dia es á mis ojos mas adorable.

Tu feliz amigo,

X.

Madrid 8 de marzo de 1862.

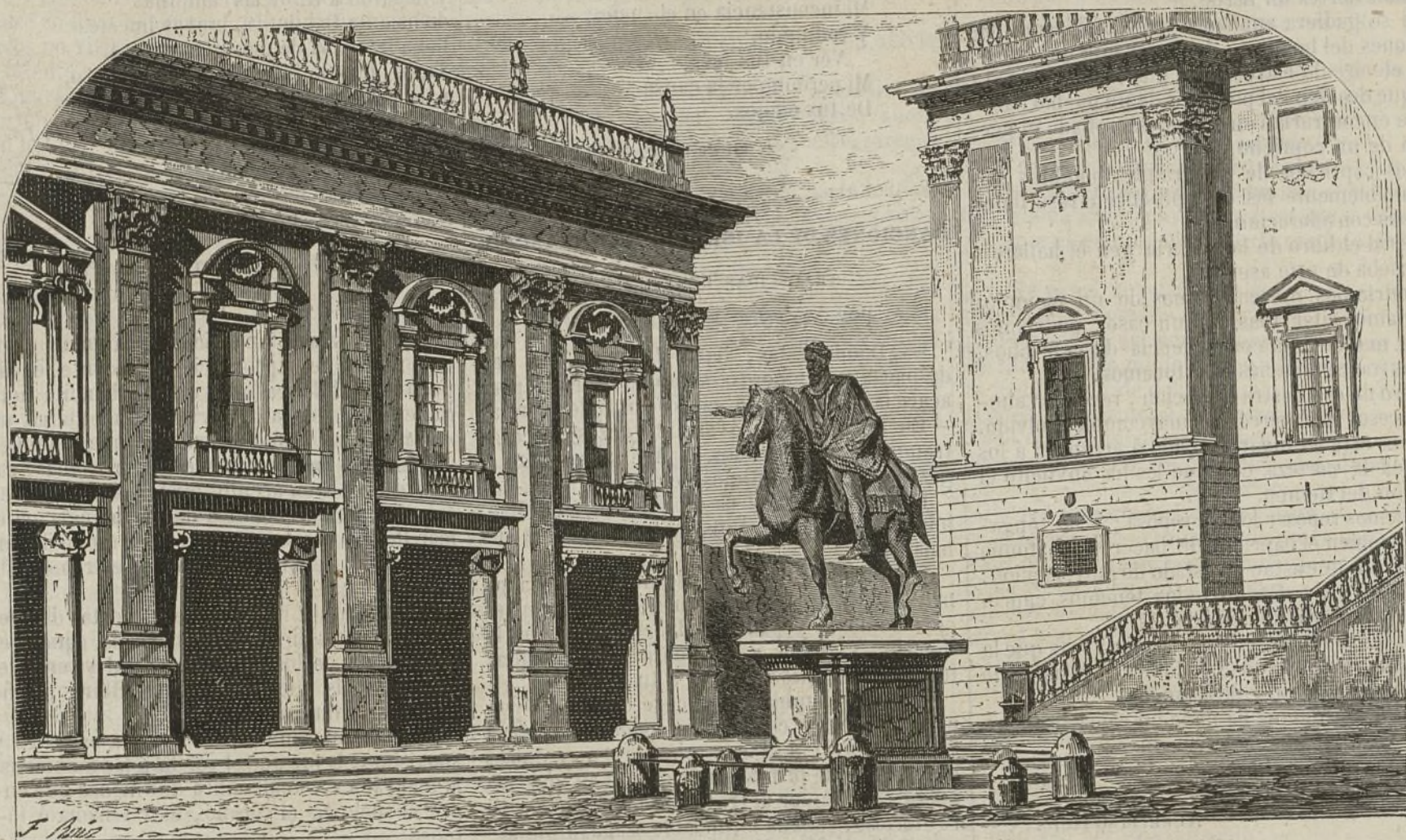
N. mio: ya se acabó todo para mí.

Por una de esas cosas que no tienen explicacion, imposibles de comprender, *Ella* ya no me ama: así me lo ha dicho.

Su amor pasó, como pasaron las máscaras;

su amor no era mas que un máscara, que gozaba en engañar como todos ellos: solo que este se ha divertido, á costa de la felicidad de toda mi vida, me ha robado todas mis ilusiones. Creí encontrar un ángel y me engañé; no era mas que una niña que se cansó de mi amor, como de un juguete; ó una cruel coqueta, que lo tomó por tal.

Amigo mio, el primer desengaño mata todas nuestras ilusiones: yo lo he sufrido, hoy no me conocieras; mi carácter, que era tan impresionable, ha variado por completo; yo que antes creía en todo lo bueno, en todo lo grande de este mundo, hoy niego la mitad de las cosas y la otra mitad las pongo en duda. Mi primer desengaño ha sido atroz; por él me he convencido de que no existe el amor, pues ella me ha olvidado, que me amaba cuanto puede amar una mujer, y yo no he muerto, y vivo sin amarla.



PANORAMA UNIVERSAL.—Vista del Capitolio.

Tu infeliz amigo que te pide mas que nunca el consuelo de tu amistad.

X.

Acabo de recibir tu contestacion á mi anterior, la que no he tenido valor para leer.

LOS CAPRICHOS.

(PÁGINAS DE MI DIARIO.)

La humanidad es un capricho continuado. Ved, sino:— Una mujer bonita enamorada de un hombre feo:

Este es un capricho singular.

O un buen mozo apasionado de una mujer fiera:

Que es otro capricho bastante comun por cierto.

Desde que por un capricho (asaz trascendental) perdió Eva los gozes del Paraíso, la humanidad sigue pegándose de coscorrones, por capricho.

De un capricho, suele nacer el amor.

Capricho espiritual.

Del amor nace el deseo,

Capricho materialista.

Por capricho solemos echar sobre nuestros frágiles hombros, la pesada cruz del matrimonio:

Capricho de consecuencias.

Por capricho ejecutamos, si no todos la mayor parte de los actos de nuestra vida.

Y acertamos en nuestras empresas ó nos equivocamos en nuestros cálculos, lo favorable ó lo adverso es notoriamente un capricho de la suerte.

La suerte es una lotería á la cual ponemos todos; los números premiados; son tan pocos!

Y es indispensable que así suceda: lo contrario sería inverosímil; y la inverosimilitud es una moneda que no tiene circulacion en el mercado positivista.

Los caprichos son tan variados como las especies en la historia natural.

Todavía no ha nacido un Buffon, un Blanchard, ni siquiera un naturalista cualquiera, que clasifique los géneros del reino del capricho.

El capricho, sin embargo, es uno en su esencia misma; pero se multiplica hasta el infinito en sus manifestaciones y en sus consecuencias.

Una mujer caprichosa es un tesoro que

nunca está mejor guardado que cuando se halla bajo la tierra.

Un hombre caprichoso es una máquina topográfica, la cual no produce mas que *negativas*.

Las mujeres y los hombres de capricho, son cuerpos opacos que reciben luz de la descomposicion de los rayos luminosos.

Toman la forma que les da el capricho.

Se visten con los colores del prisma.

Brillan, reflejan y se desvanecen.

Un capricho de *Rafael* (la Fornarina) produjo el poético rostro de sus celebradas vírgenes.

Los caprichos de Goya, son los caprichos del arte.

A un capricho de Felipe II, le dió forma Herrera, y el Escorial fue.

De un capricho de Al-hamar, brotó la Alhambra.

La moda, reina del mundo, ¿qué otra cosa es, que el capricho sintético de las damas desocupadas?

¡Y cuántas veces un capricho ha sido causa de la ruina de un pueblo, y de la pérdida de una nacionalidad!

¿No fue un capricho de don Rodrigo al decir de los historiadores árabes, causa de la destrucción del reino godo?

Cleopatra ¿no fue el capricho tangible de Marco Antonio, y la tea de la discordia que incendió el corazón del pueblo-rey?

¿Un capricho del senado, no puso en manos de Bruto el puñal que hirió á César?

¿El capricho de Calígula no hizo de un animal un prócer?

¿Neron no satisfizo un capricho al incendiar á Roma para reconstruirla otra vez á su antojo?

Y sin que tengamos que recurrir á la historia, ese inmenso arsenal que surte de armas para combatir el error; ¿no vemos uno y otro día millares de desventurados que arrastran su miserable existencia para purgar un capricho?

Un capricho, además, suele darnos á conocer la elevación de inteligencia, la propensión natural y á veces hasta el grado de cultura y educación del individuo.

Un capricho suele ser un hombre, si le consideramos moralmente.

Un capricho hizo á Colon inmortal; y de Hernán Cortés un héroe,

Si se pudiera analizar una á una todas las acciones del hombre, desde las que no traspasan el círculo estrecho de una familia, hasta las que deciden del porvenir de un pueblo, acaso se encontrarían en ellas desarrollado el germen de un capricho.

Los caprichos de los grandes hombres son indudablemente los que producen resultados de mas consideración.

Abrid el libro de la historia y en él hallareis la prueba de este aserto.

Podríamos presentar mas de un ejemplo; podríamos citar mas de un caso; podríamos sacar mas de una consecuencia de caprichos, cuyas trascendencias aun tocamos.

Pero no es nuestra intención, recordar ahora sucesos que merecen el mas completo olvido.

Ni es este el lugar llamado á arrancar á los hechos la corteza con que los ha envuelto el aluvion del tiempo.

Dejemos reposar lo que reposa; y no tengamos tambien el capricho de hacer la anatomía de cuerpos que están en estado de putrefacción.

Que al fin y al cabo todos tenemos caprichos, y esclavos somos de ellos.

¡Yo tengo el capricho de no mirar mas que la superficie de las cosas: el fondo de ellas suele ser tan borrascoso y desapacible!

Ahora mismo me ha dado un capricho; concluir este artículo, y lo concluyo.

¡Vaya un capricho!

AURELIANO RUIZ.

DULCE SUEÑO

Un día que en mi lecho
Sufriendo estaba,
Y un alivio á mis males
Triste esperaba,
Nació una estrella
Que de luz inundóme
Fulgente y bella.

Eras tú, vida mía,
Cual azucena
Pura y blanca, querías
Borrar mi pena.
Tu dulce ambiente
Endulzó mis dolores,
Calmó mi mente.

Deseo desde entonces,
¡Oh prenda mía!
Vivir de los perfumes
Que tu alma envía,
Y gota á gota
Beber el dulce néctar
Que de ella brota.

Y embriagado y loco
Vagar soñando,
Por vergeles que hubiesen
Céfiro blando;

Beber licores,
Compuestos por las diosas
En sus amores.

Y cercado de huríes
Rubias, morenas
Perder la sangre toda
Que hay en mis venas;
Que agonizante
Eternidad se hiciera
Tan bello instante.

No, no; que un fin tuviera
Sueño tan largo,
Despertarme en tu falda
De mi letargo,
Ver tu sonrisa,
Aspirando tu aliento
Cual fresca brisa.

Llorar entre tus brazos
Arrepentido
Mi inconstancia en el sueño;
Y redimido,
Ver en tus ojos
Mi perdón por la causa
De tus enojos.

J. GUERAU DE ARELLANO.

CANCIONES DE LA ISLA DE MADAGASCAR,

TRADUCIDAS DEL FRANCES

POR AUGUSTO JEREZ PERCHET.

—¿Dónde estás, bella Jaouna?—El rey despierta y su amorosa mano se estienda para acariciarte.—¿Dónde estás, culpable Jaouna?—En brazos de otro amante gozas placeres tranquilos y deliciosos.—¡Ay! apresúrate á gozarlos; son los últimos de tu vida.

La cólera del rey es terrible.—¡Guardias, buscad á Jaouna y al insolente que recibe sus halagos!

Los amantes aparecen desnudos y encadenados.—Un resto de voluptuosidad brilla en sus ojos unido al espanto.—Habeis merecido la muerte, y ambos vais á morir. Jóven audaz toma esta azagaya y hiere á tu amada.

El jóven tiembla; retrocede dos pasos y se cubre el rostro con ambas manos. La tierna Jaouna volvió á él sus miradas, mas dulces que la miel de primavera; miradas en que resplandecía el amor al través de las lágrimas. El rey furioso, coge la formidable azagaya y la arroja con vigor.—Jaouna vacila... sus ojos se cierran y el último suspiro entreabre su moribunda boca.—Su desgraciado amante lanza un grito de horror... Lo he escuchado; aquel grito resonó en mi alma, y su recuerdo me estremece. El jóven recibe al mismo tiempo el golpe funesto, y cae sobre el cuerpo de su amada.—¡Desgraciados!—Dormid juntos; dormid en paz en el silencio de la tumba.

¡LEJOS!!!

¡Ay Dios! mi esperanza perdida ya veo
Que lejos, muy lejos, mi amada se fué
Y solo aquí vivo y á verla yo creo
Que no volveré.

Su amor es mi vida, su amor que yo ansío
Que me hace despierto con ella soñar,
Amor que en el mundo igual no hay al mio,
Que solo sé amar.

Si el aura en sus alas, llevara ligera
Siquiera un recuerdo de tanta pasión
Que abraza en el pecho, tan pura y sincera,
Mi fiel corazón,

Entonces daría, tan solo por eso,
Entera mi vida, que luego morir
Es dicha, si tanta pasión cual profeso
Pudiera ella oír.

Ton solo en mi alma se abraza el consuelo
De que ella algun día conozca mi amor
Y espero se apiade el Dios de ese cielo
De tanto dolor.

M. SECO.

EL PUEBLO TRISTE.

Levantad en Sión rauda bandera
porque suena rumor de gente armada.
Cual tempestad de impetuosas nubes,
asi sus carros que al combate vienen.
Cual águilas veloces, sus caballos
que hacen temblar bajo su casco el suelo.
Decid á las naciones:—«Mi mancilla
provocó la venganza del Dios justo.
De repente mis tiendas han caído,
y al son vibrante de enemiga trompa
huyen mis hijos á esconder su afrenta
de las montañas en el seno oculto.»—
Desolada viuda ¿por qué, dime,
te adornas con pulido joyel de oro?
Apartánde de tí tus amadores,
y si te buscan beberán tu sangre.
En vano los profetas tu amargura
te quisieron mostrar; fuistes incrédula,
y llegaron á tí, de las campiñas
do asienta Babilonia, bravas huestes
llena la aljaba de mortales dardos.
Teme, pueblo infeliz al Dios inmenso,
y de tí la maldad será apartada.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

LA HUERFANA.

CUENTO POR ELEUTERIO LLOFRIN.

I.

Hay un paisaje tan delicioso allá en un apartado rincón de la provincia de Alicante, es tan puro el azul del cielo en aquella bendita tierra, existe en sus altas y riscosas montañas un *no sé qué* tan grande y poético, que si juegan suaves las auras entre las yerbecillas, parece que se oyen acentos misteriosos que traen á la memoria recuerdos de la infancia: si el mar lleva á vuestros oídos el murmullo de sus frescas olas, el alma respira y se estremece de placer.

Si alguna vez recorriendo las costas del Mediterráneo, os dicen: allí está Denia, aquella es la *Dianium* de los fenicios, entrad y vereis el hermoso país que yo rehúso describiros por no quitaros la ilusión.

El ambiente que allí se respira es dulce y suavísimo; la luz que el sol da á las montañas, al mar, á la verde alfombra de viñedos que cubre el suelo en el verano, es clarísima é intensa.

Pues bien: en el pintoresco y hermoso valle que existe á corta distancia del pueblo hay una ermita al pie de una colina.

Qué humilde aparece el blanco y sencillo edificio en aquella situación. La colina se eleva magestuosa y recibe los primeros rayos del sol, y la pobre iglesia se oculta misteriosamente entre las hojas de los árboles que la rodean como protectores consagrados por la naturaleza misma.

Desde la ermita al mar hay una pendiente hondonada, á cuyos bordes nacen flores silvestres y balsámicas yerbas.

Allí despliega sus galas mas puras la naturaleza, allí el espíritu del hombre, estático, enmudece y admira.

Santa Lucía tiene una capilla en aquel modesto santuario.

Los pajarillos desde las ramas, el mar á lo lejos, y el aura al suspirar entre las flores, forman las armonías sublimes con que la naturaleza la saluda al despuntar el día.

El campo que se estienda en un radio de media legua y las casitas de que está adornado toman el nombre de la santa.

Pues aquí fue donde acaecieron gran parte de las escenas que voy á referiros, sin quitar punto ni coma, de la manera que las oí no há muchos meses.

II.

Pasaba todas las tardes allá al anochecer por delante de una de las muchas casas de campo

de Santa Lucía una niña, mal cubierta con un vestido hecho girones y mas graciosa que el lucero de la mañana.

En la casa aquella vivía una pobre mujer, viuda, con dos niños: uno que tendría á los mas cinco años y el otro que apenas llegaba á los cuatro.

Si queriais dejar contenta y alegre como una mañana de primavera á aquella mujer, no teniais mas que hablarla de sus hijos, decirle que eran graciosos, que no habia otros como ellos en la tierra.

¿Y qué corazón de madre no palpita satisfecho cuando oye palabras como esas en alabanza de las *estrellas de su cielo*, *pedazos de su corazón*, *reyes del mundo entero*, del mundo de las madres, del amor maternal?

La infeliz viuda no tenía otro consuelo para su espíritu cuando volvía de recoger el precio de su trabajo, que las caricias de aquellos ángeles benditos.

Los labradores de las cercanías decían á la madre en tono profético, que el menor de los chicos no viviría mucho tiempo, porque tenía un talento extraordinario.

Figuráos la impresion que estas palabras harían en el corazón de la madre, que cogía á su hijo en brazos, lo estrechaba contra su pecho y exclamaba entre suspiros de amargura:

—¡Ay hijo mío de mis entrañas!... Dios no querrá que tú abandones á tu madre... vida mia... vida de tu madre!

Y lo besaba frenéticamente como queriendo darle con su aliento cien años de vida.

El otro niño venía poco á poco, se cogía á las faldas de la madre, pidiendo cariñosos halagos y con sus ojitos azules y su boca de ángel, parece que quería decir:—¿Y á mí, madre mía y á mí?

La madre abrazaba entonces á los dos y lloraba de placer, enseñándoles á pronunciar el nombre de su padre.

Ellos, por ese instinto angelical de los niños dirigían sus ojos al cielo y cruzaban las manecitas con gracia infantil.

Volvamos ahora á la niña que pasaba por delante de la casa de Margarita (que este era el nombre de la viuda) y veamos la parte que toma en esta narración.

Vendría á tener unos cinco ó seis años.

Una de las veces que la pobre niña atravesaba por allí, los hijos de la viuda estaban esperando á su madre y el menor lloraba sin consuelo.

—No llores Pablito, no llores, que ya viene tu madre—dijo la graciosa niña acercándose á darle un beso—mira, toma esa manzana.

El niño calló.

Diego que era el mayor de los dos miraba atónito y sin chistar á aquel ángel que daba cuanto tenía á su hermano, cuando á ella tal vez le habia costado lágrimas el conseguirlo.

—¿Ves? ya viene, ya viene; exclamó la niña mirando al camino que conducía al pueblo. Llegó la viuda entre el alborozo y los saltos de sus hijos, los besó con la ternura entrañable de la que nos sonríe en la cuna y llora nuestras desgracias con lágrimas del corazón, y despues dirigiéndose á Lucía, que así se llamaba la niña, —la dijo:

—Entra, entra: que ya es muy tarde para ir á la ermita, angelito de mi alma.

—Madre, madre—gritó Diego con alegría—ha hecho callar á Pablito y es muy buena... muy buena... ¡vaya si lo es!

Y todo esto lo decía con ese lenguaje particular de los niños que tanta gracia dan á sus palabras.

La madre sonrió amorosamente al oír las palabras de Diego.

Lucía miraba al suelo inclinando la cabeza con dulzura hacia el hombro derecho y no se atrevía á entrar.

Por fin, pudo conseguir la viuda que entrase y no le costó poco trabajo.

Los dos chicos, corían y saltaban y gritaban como si hubieran recibido una de las impresiones mas agradables.

En aquella alegría le pagaban el consuelo

que les habia dado diciéndoles que venía ya su madre.

Era la niña blanca y hermosa, aunque con ese color que el aire del mar da al semblante de los que continuamente reciben la impresion de aquellas frescas brisas.

Los finísimos cabellos rubios caían ensortijados naturalmente sobre los hombros casi desnudos.

Si soñásteis alguna vez con un ángel y hubierais visto luego á aquella criatura, os parecería realidad el ensueño.

Era una de esas caras celestiales que Murillo trasladó al lienzo en un momento de religiosa inspiración.

El sol la respetaba y en su rostro no se veía la impresion de sus rayos.

Y si la hubierais visto alguna tarde estasiada mirando al mar y esperando sus olas, creeríais encontrar en la playa á la víctima de algun naufragio, aguardando tal vez que las mismas olas le devolvieran algun objeto querido, una madre, un hermano.

Lucía era huérfana ya en la época en que la hemos visto.

¿Quién sabe si habria perdido á un padre entre las olas de un mar tempestuoso y ahora buscaba con inquieto afán en aquellas serenas aguas á los que le dieron el ser?

Las olas llegaban jugueteando hasta los desnudos pies de la niña, blancos como la espuma.

Cuántas noches reflejó sus pálidos reflejos la luna en la pura frente de Lucía.

Parecía vagando á aquellas horas por la playa, el ángel que la *Estrella de los mares* envía á las costas para calmar las tempestades y dar á las embarcaciones un suspiro.

Aquella noche hubo de quedarse en la casa de Margarita y se desvivía por ayudar á ésta en su trabajo.

—Me estará esperando el tío Andrés—dijo temblando Lucía apenas oyó las ocho, que sonaban en el campanario del pueblo.—El viene por aquí todas las noches, con que no te asustes por eso—interrumpió la cariñosa Margarita.

Los niños no querían tampoco que se marchase y ya empezaban á entristecerse.

—¡Que no se vaya!! chillaba con todo sus pulmones Pablito.

Su hermano ponía una cara mas seria que un juez.

—Bueno—tartamudeaba pateando y gimiendo—bueno, yo no cenaré y vereis como... me muero.

Encendió Margarita una luz y sentóse á la puerta que daba al mar.

Sus dos hijos y Lucía sentáronse tambien. Esta reclinó su frente sobre la falda de la virtuosa mujer.

—Si yo tuviera madre como vosotros—decía la huérfana, mirando á la luna que empezaba á platear las aguas, y despues con los ojos llenos de lágrimas miraba á la buena Margarita que acariciaba con sus trémulas manos la rubia cabellera de la niña.

—¿Me querria usted mucho?—¿me querria usted muchísimo, señora Margarita?

—Si ángel del cielo, sí, te querria como te quiero, porque eres buena y no tienes padres. Y diciendo esto besaba su frente.

—¿Sí; de veras que me quiere usted?—repetía la niña, tendiendo los brazos hacia el cuello de la pobre viuda ¡ay! ¿es usted muy buena, conoció usted á mi madre?

Pablito y Diego no sabían lo que les pasaba al ver el cariño que su madre iba tomando á Lucía, y se alegraban extraordinariamente.

Eran de tan buena índole que ni los celos ni la envidia pudieron jamás caber en su corazón.

Diego corría por las mañanas á la playa, cogía conchas y venía despues á ofrecerlas á la pobre niña.

Aun se hallaba aquel grupo de familia á la puerta de la casa en aquella noche, cuando de pronto se levanta Lucía y exclama:—Ay... que viene el tío Andrés: dígame usted por qué me he entretenido: yo no quiero que se figure que soy mala, no...

Esto dijo la angelical criatura y echó á correr saliendo á encontrar al tío Andrés. Era este un honrado labrador que habia pasado su vida en aquellas tierras, y sabia la historia de todas las familias del campo de Santa Lucía. Solo seis años habia estado en la tripulación de un buque mercante, y como no servia para el caso, como no habia nacido para la mar, segun él mismo decia, saltó á tierra con el firme propósito de no volver á pasar la «balsa grande.»

Lo único que hacia, y para eso tenia que cogerle de buen humor, era cargar con los aparejos de pesca, embarcarse en un bote, y allí pasar entretenido las horas entonando las canciones que habia oído en su juventud.

(Se continuará.)

LAMENTOS DE UNA MADRE.

DEDICADO Á LA SEÑORA DOÑA JULIA VIQUEIRA FLORES CALDERON DE LOPEZ CORTON.

Murió mi niño, ¡ay! Dios, mi dulce encanto, El ángel hechicero de mi vida; Y siendo presa de mortal quebranto, Ya tengo el alma de dolor partida. Pues corre sin cesar mi triste llanto Y brota sangre mi reciente herida; Sin tregua lloro, con pesar me alijo, ¡Porque el niño que ha muerto era mi hijo!

— ¡Oculte el sol su refulgente rayo! ¡Cierren las flores su corola bella! ¡Muera la gala del florido mayo! No mas insulte mi dolor con ella Si nada veo, y de dolor desmayo, ¿Quién mitigar osará mi querella?... Todo respete mi dolor sombrío, Porque se ha muerto ¡ay, Dios el hijo mío!

— ¿Qué me importa la gala de natura Ni placeres que el mundo nos previene? Para mi alma henchida de amargura Nada bellezas en el suelo tiene. Pues ya mi vida es una noche oscura Que á iluminar ninguna estrella viene; Nada se puede hallar que bien le cuadre Para enjugar el llanto de una madre!

— ¡Adios, mi niño! ¡Adios, ángel del cielo! Allá buscarte quiero, pero en vano; Diera mi vida por seguir tu vuelo, Por ver tu rostro y estrechar tu mano! Y solo veo por el bajo suelo Las vagas sombras del linaje humano Que dicen al pasar: ¿por qué me alijo Si eres ángel feliz?... ¡Porque es mi hijo!

CONSTANZA VERA.

DE CERCA Y DE LEJOS.

UNA OVACION.

(CONCLUSION.)

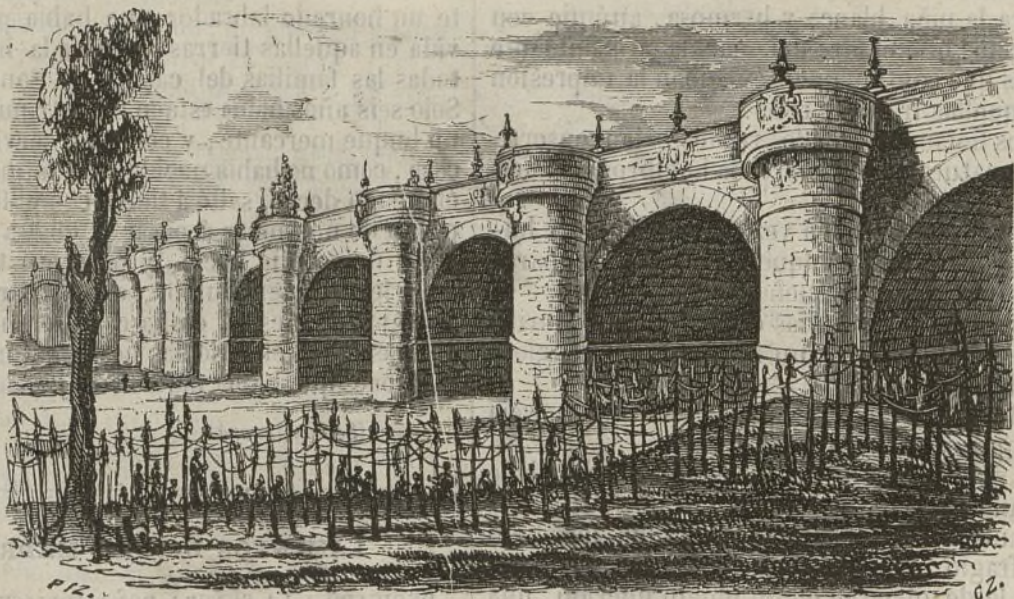
Si aquel joven habia logrado todo esto, habia ordenado á su varita mágica que trocase en ventura su infortunio, y el talisman habia obedecido, y el mundo y el cielo sonreían para él.

Al abandonar el teatro habia encontrado á la puerta de su modesta habitacion un lacayo lujosamente ataviado que deseaba entregarle una elegante carta.

Aquella carta era otro triunfo.

Una joven de gerarquía elevada, á quien habia demandado sin éxito seis dias antes una mirada de amor, le daba la enhorabuena mas cordial y le citaba para el siguiente dia....

¿Qué mas ventura podia alcanzar? ¿No debia hallarse satisfecho de su ovacion? ¿Podria cualquiera imaginarse que un joven de su genio durmiese aquella noche sobre un pobre coichon de paja en un reducido sotabanco de un apartado barrio de Madrid? ¿Podria cualquiera figurarse que al despertar al otro dia



VISTA DE MADRID.—Puente de Toledo.

hallase los mismos muebles míseros y destruidos, las mismas paredes desnudas, la misma pobreza del día anterior? ¡Ah! no esto sería horrible. No hay uno solo que no juzgase al laureado poeta en suntuoso palacio, rodeado de todos los atractivos de la opulencia; no hay una sola señorita que no le viese con todos los encantos que hace presenciar aun á los mas inespertos esa vida de gloria que había abierto sus puertas al novel escritor dramático. Era dichoso... Nadie hubiera creído en su desdicha.

—¡Qué feliz es! se decían todos creyéndolo á puño cerrado. ¡Qué feliz es!

Y sin embargo, no lo era; había logrado fijar la atención de algunos miles de personas, había logrado realizar los sueños de su fantasía, su muerte en adelante no podía menos de cambiar otorgándole cuantos dones podía ofrecer en su mayor estado de prodigalidad; muchos editores dramáticos le habían esperado en el pórtico del teatro y le habían ofrecido muchos miles de reales por su obra; ¿qué mas podía esperar?

Con todo, si algo os ha interesado un joven que en alas de su ingenio se ha remontado á una envidiable altura, ha conseguido ceñir á sus sienes la inmarcesible corona de la admiración y el entusiasmo y ha dominado al parecer á la fortuna; si habeis sentido por él siquiera un vago deseo de su felicidad, compadeceadle como nosotros. Es verdad que ha conquistado mucho, pero si viérais su fiebre, cuántos desprecios, cuántos desdenes, cuántas horas de desaliento le ha costado, no solo le admiraríais, os prosternaríais ante él, porque es un mártir de su genio y ha alcanzado la palma de su martirio...

¡Ah! por desgracia no son mentira nuestras palabras.

No es solo desdichado por los dolores que han martirizado su alma en la espinosa senda que ha terminado. El triunfo le ha resarcido de todos ellos; pero el triunfo ha enjugado sus lágrimas, ha destrerrado sus dolores, ha sido el arco iris de su desgracia.

No, después de haber velado muchas noches trabajando; después de haber sostenido mucho tiempo una lucha cruel entre las esperanzas y el desaliento; después de haber sufrido el escarnio y la mofa de los que le veían trabajar con su noble y grandioso despecho, porque en su pequeñez no podía acostumbrarse a la idea de que otro pudiera ser grande y glorioso; después de haber implorado por caridad que leyese su obra sin conseguirlo;

después de infinitos días de fiebre y hambre; después de haber tenido que soportar la vergüenza de retirarse á su morada con su manuscrito condenado sin haber sido juzgado, y el dolor de tener que confesar á su mísero padre y á su tierna hermana su derrota cruel; después de verse sepultado en el aislamiento, porque el que mas le creía un pobre loco, porque después de tantas pruebas, solo había conseguido treguas á costa de la mitad de su triunfo...

Había tenido que vender la mitad de su triunfo, de su felicidad,

Un día amaneció y su hermana, enferma, no pudo trabajar como tenía de costumbre para aliviar la pobreza de su padre... la enfermedad continuó muchos días y los recursos se acabaron. La miseria era extrema y sin embargo, aquella familia indigente guardaba un tesoro en el drama del joven poeta. Pero aquel tesoro no tenía valor ninguno para nadie, mas que para aquellos tres seres desgraciados. En la mas crítica situación el joven quiso trabajar aun en el oficio mas vejatorio, buscó y no halló... La necesidad le obligó á dar un paso muy cruel. Un año antes, había estado su obra en manos de un editor dramático, éste le había hecho proposiciones insultantes, el joven le abandonó y esperó... ¿Y su gloria? ¿Y las riquezas que su drama le proporcionaría? Pero un año después su pobreza era mas apremiante, todas las puertas se habían cerrado y corrió á casa del editor.

Aquel mismo día llegó á su casa con un puñado de duros. Gozó ¡ay! gozó, porque á sus padres se le saltaron las lágrimas de júbilo, y porque aquella mezquina cantidad era la primera que ganaba en el mundo y le abría un porvenir, si no de riqueza, al menos de un mediano pasar.

Desde entonces no se cuidó de su drama que permanecía en manos del editor, y trabajó no por la gloria, en la que, ya desengañado, no esperaba, por el dinero que mitigara las penalidades de sus dos mas queridos seres, de su padre y de su hermana.

Un día recibió una esquela del editor, en la que le rogaba fuese á verlo.

Cumplió su deseo y supo que su drama iba á representarse, gracias á su influencia, pero le rogó que no pareciese por el teatro hasta la noche de la representación.

Prometió darle gusto y salió ébrio de gozo. Se despertaron en su alma sus ideas de gloria y voló á participar la nueva á su padre.

Ocho días después anunciaban los carteles

su drama. Pasados algunos mas, dejó al anochece su pobre vivienda acompañado de su padre y de su hermana. Lo habeis visto aclamado por el pueblo, cordialmente abrazado por sus amigos en el regazo de su padre y su hermana, perseguido de los editores que se disputaban la adquisición de su obra... Sus pesares han desaparecido, pero su triunfo no es completo. Tiene gloria, pero las riquezas que debía alcanzar, al mismo tiempo que su nombre, se las arrebató un negociante que, por un pedazo de pan que dió ayer, llena hoy sus arcas.

El poeta es universalmente admirado, todos le creen dichoso, y ya no puede pedir para comer. Sin embargo, al día siguiente de su triunfo no ha variado su posición. Esto amarga su dicha. La empresa gana con su talento, el editor se enriquece á su costa. El poeta ha alcanzado el derecho que leen sus producciones, y dado por su primer triunfo, por un deseo legítimo el otro con que podría satisfacer sus mas preciosas necesidades.

De lejos os ha parecido feliz, de cerca ya veis cuán desgraciado es!

Y con todos pasa lo mismo; el que no ha tenido que vender á un editor su primer trabajo, ha tenido que regalarlo á un teatro después de haber sufrido mil vejámenes.

Cuando asistais al triunfo de un poeta, si os inspira el efecto que despierta el genio, no le juzgueis dichoso, alguna espina tiene en su alma.

Por cada uno que llegue á la cima, perecen ciento en el camino. Amad y venerad á los poetas. Su gloria simboliza los mayores sufrimientos y la mayor resignación.

J. N.

ESPERANDO.

¡Con qué impaciencia se espera,
con cuánto anhelo se aguarda
el momento de la cita
con la mujer que se ama!
cada rumor que el silencio
turba, en la noche callada,
nos parece en nuestro anhelo
el rumor de sus pisadas;
cada acento misterioso,
su dulce voz que nos llama;
cada sombra, su figura
que ligera se adelanta.
Así impaciente y ansioso
la otra noche te esperaba
junto al mar, que ya la luna
con sus rayos plateaba.
¡Qué noche tan deliciosa,
qué noche tan solitaria
para dos almas poéticas
que cual las nuestras se aman!
Pero en vano fue aguardarte;
tú tardabas y tardabas,
y se pasaron las horas,
y no fuistes á la playa.
¡Ay! no faltes otra noche,
si te espera el que te ama,
porque no hay cosa mas triste
que esperar las horas largas
y tras de tanto esperar,
perder al fin la esperanza.

Alicante.

G. SANCHEZ PALACIOS.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Geronimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.